

SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

Una misión y un mismo testimonio

La grandeza del sublime encargo de representar visiblemente a Jesucristo, presente en Espíritu en su Iglesia, superaba las posibilidades de una sola persona; después de Jesús vino el colegio apostólico, los doce, y, dentro de esta primera generación cristiana, sobresalen dos figuras diferentes y complementarias: Pedro y Pablo, a quienes celebra la Iglesia en el día tradicional del martirio de Pedro, el 29 de junio. La liturgia de acción de gracias marca las diferencias entre ambos y la unidad en la misión, proclamando que Pedro fue el primero en confesar la fe, Pablo, el maestro insigne que la interpretó; aquél fundó la primitiva Iglesia con el resto de Israel, éste la extendió a todas las gentes. De esta forma, Señor, por caminos diversos, los dos congregaron a la única Iglesia de Cristo, y a los dos, coronados por el martirio, celebra hoy tu pueblo con una misma veneración (cf. Prefacio de la Misa).

En efecto, ambos apóstoles terminaron su camino en el mismo lugar, en Roma. Pedro, entre los años 54 y 67; Pablo en el 67. El primero como extranjero rebelde al imperio murió crucificado, cerca del lugar que ocupa la basílica Vaticana, edificada sobre su sepulcro. Pablo murió decapitado como ciudadano romano culpable de sedición; según la tradición, junto a la vía Ostiense, a extramuros de Roma, cerca de la basílica que cobija su sepultura.

El carisma personal de san Pedro y san Pablo

Y en el contexto de la Liturgia del día destacamos la misión evangelizadora de Pedro y Pablo: las lecturas de esta solemnidad proclaman la fuerza e inspiración divina que salvó de los peligros a los apóstoles y les llevó a una obra tan grande como fue romper las estrechas barreras del antiguo Israel y poner las bases del cristianismo. Dos apóstoles empeñados en ampliar la Iglesia conservando su unidad, un carisma que transmitieron a la sede romana; por ello recordamos lo que enseñaba san Agustín: "Pedro fue el único que representó la totalidad de la Iglesia casi en todas partes. Por ello, pudo escuchar estas palabras: *Te daré las llaves del reino de los cielos*. De ahí la

excelencia de la persona de Pedro, y en cuanto que él representaba la universalidad y la unidad de la Iglesia, cuando se le dijo: *Yo te entrego*, tratándose de algo que ha sido entregado a todos. Pues para que sepáis que la Iglesia ha recibido las llaves del reino de los cielos, escuchad lo que el Señor dice en otro lugar a todos sus apóstoles: *Recibid el Espíritu Santo. Y a continuación: A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos*" (Sermón 295, Oficio de lecturas, 2ª lectura).



Testimonios creíbles para renovar nuestra fe

Y en nuestro tiempo Benedicto XVI nos exhortaba así: «Llegados sus últimos días, el apóstol Pablo pidió al discípulo Timoteo que "buscara la fe" (cf. 2 Tm 2, 22) con la misma constancia de cuando era niño (cf. 2 Tm 3, 15). Escuchemos esta invitación como dirigida a cada uno de nosotros, para que nadie se vuelva perezoso en la fe. Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo. Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin» (Porta fidei, nº 15).

El día del Papa. Unidos a él renovamos nuestra fe

Respondiendo a la invitación reiterada de los últimos Papas, este es un día para rezar en una comunión más intensa con la Iglesia de Roma y con su Obispo, el Papa, que preside a las demás Iglesias en la caridad. Es una buena ocasión asimismo para apoyar su inmensa obra a favor de la comunidad cristiana y de toda la humanidad ayudando a la Santa Sede con nuestra aportación económica, el llamado "óbolo de san Pedro". El Papa Francisco lleva con renovada ilusión, esfuerzo y paciencia su ministerio petrino y hemos de pedir insistentemente que el Señor conceda al sucesor de Pedro y Pablo que su mensaje sea acogido dentro y fuera de la Iglesia, pues conserva la tradición que nos viene de Cristo.

La renovación de la Iglesia pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes: con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó.

(Comentario, J. Sancho Andreu)